



Abadía San José de Clairval

11 de noviembre de 2025

Muy estimados Amigos,

« **O**s recomiendo que sigáis siendo cristianos valientes... Os suplico que transmitáis vuestra fe a vuestros hijos mediante vuestras enseñanzas y ejemplos, sin retroceder ante cualquier sacrificio para garantizarles una educación cristiana...». Estas líneas proceden del testamento que una mujer mexicana, la beata Conchita Cabrera Arias de Armida, redactó para sus hijos en 1928. ¿Quién es esa madre de familia tan preocupada por la transmisión de la fe?

María Concepción Cabrera Arias, conocida como Conchita, nace el 8 de diciembre de 1862 en el seno de una familia acomodada de San Luís Potosí, en el centro norte de México. Sus padres poseen extensas propiedades repartidas en cinco haciendas (explotaciones agrícolas) y son profundamente religiosos. «En las haciendas —escribirá Conchita—, mi padre presidía cada día el rezo del rosario en la capilla, en presencia de toda la familia, de los obreros agrícolas y de gentes del campo». Es la séptima de doce hijos y va a la escuela durante poco tiempo. «Mi instrucción —confesaré— fue muy elemental a causa de mi torpeza, de mi pereza y también de tantos desplazamientos y viajes en la época de mis estudios. Para llevar la casa, mi madre nos enseñó todo: desde fregar el suelo hasta bordar... Nunca permitía que estuviéramos ociosos... Además, procuraba mantenernos en una profunda humildad para que no nos dejáramos llevar por la vanidad... Desde mi más tierna infancia, sentí en mi alma una gran inclinación por la oración, la penitencia y, sobre todo, la pureza». Durante sus largos paseos por el campo, se entrega a reflexiones u oraciones prolongadas, meditando lentamente las frases de oraciones aprendidas de memoria y contemplando la naturaleza. También pasa muchas horas tocando el piano y cantando.

La pequeña toma la primera Comunión el día de su décimo cumpleaños. En su diario se reprocha su frivolidad, pero su devoción eucarística se acrecienta poco a poco y, a la edad de dieciséis años, comulga todos los días: «Era una absoluta necesidad en mi vida». Conchita tiene veintiún años cuando se convierte en novia de Francisco Armida. «El noviazgo nunca me preocupó como obstáculo que pudiera impedir mi



Derechos reservados

Beata Conchita C. de Armida
(1862-1937)

pertenencia a Dios —escribirá. Me parecía muy fácil unir esas dos cosas». La noche antes de casarse reza los quince misterios del Rosario. «En el banquete de bodas (el 8 de noviembre de 1884) — escribirá— se me ocurrió pedir a quien ya era mi marido dos cosas que me prometió cumplir: dejarme comulgar todos los días y no ser celoso». Más tarde confesará: «Mi marido siempre fue un modelo perfecto de respeto y de ternura... Mi amor por él jamás me impidió amar a Dios. Lo amaba con gran sencillez, como envuelto en el amor a JESÚS». Sin embargo, reconocerá también: «Cuando nos casamos, mi marido tenía un carácter muy violento, como la pólvora; pero en cuanto desaparecía el estruendo, se paraba, todo confundido. Al cabo de algunos años, se produjo en él un cambio tan grande que su propia madre y hermanas se sorprendían».

Entre 1885 y 1899, Conchita y su marido dan vida a nueve hijos. «Mi madre —contará su hijo Ignacio— enfocaba sus relaciones conyugales con gran sencillez... Ciertamente, en nuestra educación insistía mucho en la pureza, pero comprendí que juzgaba sobre las cosas humanas sin ver pecados en todas partes... Más tarde me habló de mis deberes conyugales con mi esposa. Entonces me di cuenta de que su sentido de la pureza no era ignorancia».

La vida familiar no siempre es fácil: «El Señor me hizo padecer grandes humillaciones por parte de mis cuñadas — escribe Conchita. Quiso que apareciera ante sus ojos como inútil y poco agradable. Por más que hiciera, no conseguía ser de su agrado... Esa prueba fue muy provechosa, sobre todo porque mi marido les daba la razón a menudo. Aquello me distanció de mí misma... Cuando hablaba, aunque me costaba mucho al principio a causa de mi orgullo, siempre

elogiaba a mis cuñadas... Mi suegro siempre me apreció mucho... Mi suegra me confesó más tarde que, al principio de mi matrimonio no me apreciaba en absoluto, pero después sintió un gran afecto por mí».

Anclados en el amor

«**E**L matrimonio cristiano y la vida familiar manifiestan toda su belleza y atractivo si están anclados en el amor de Dios, que nos creó a su imagen, para que podamos darle gloria como iconos de su amor y de su santidad en el mundo —decía el Papa Francisco el 25 de agosto de 2018... La gracia de Dios nos ayuda todos los días a vivir con un solo corazón y una sola alma. ¡También las suegras y las nueras! Nadie dice que sea fácil, lo sabéis mejor que yo... Así, día tras día, JESÚS nos envuelve con su amor, asegurándose de que penetre todo nuestro ser. Del tesoro de su Sagrado Corazón, derrama sobre nosotros la gracia que necesitamos para sanar nuestras enfermedades y abrir nuestra mente y corazón para escucharnos, entendernos y perdonarnos mutuamente» (Dublín, Irlanda).

Después de tener un primer hijo, Pancho, el 28 de septiembre de 1885, Conchita da a luz a Carlos, el 28 de marzo de 1887. Narra por escrito sus experiencias místicas y sus reflexiones en un diario que tendrá 60.000 páginas. Monseñor Luis María Martínez, que será más tarde su director espiritual y llegará a ser arzobispo de México, le escribirá: «Creo que ni usted misma se da cuenta de las riquezas encerradas en su diario... Mientras yo sea su director, no permitiré que destruya ni una sola letra». En esos escritos, Conchita informa de apariciones de Cristo o de la Santísima Trinidad. Relata mensajes de JESÚS, centrados en el Sagrado Corazón, la Trinidad, la Misericordia divina, el sacerdocio y la Eucaristía.

En 1889 participa en un retiro espiritual: corre a escuchar las charlas, se toma algunos momentos de silencio y de recogimiento y, después, regresa a toda prisa a casa para encargarse de los suyos. El Espíritu Santo la inspira: «Un día oí claramente en el fondo de mi alma, sin poder dudar, estas frases que me sorprendieron: “Tu misión es salvar almas”». Y en otra ocasión: «Taparás la entrada del infierno para un gran número de almas...». La escatología, en efecto, ocupa un lugar importante en las revelaciones de Conchita: la visión beatífica de Dios, supremo objetivo de nuestra vida en este mundo, pero también la posibilidad de condenarse por el propio pecado. Nuestro Señor le muestra el infierno para que se percate de lo que significa: «El infierno es sobre todo el odio espantoso contra mí» —le dice. Después de aquel retiro espiritual, Conchita se dirige a casa de su hermano Octaviano; allí reúne a unas sesenta mujeres para impartirles algunos ejercicios espirituales. El fuego interior que arde en ella inflama los corazones. Sin embargo, ella misma experimenta grandes luchas interiores, pues es arrastrada entre las atracciones del mundo —a veces pasa el tiempo consultando revistas de moda— y su deseo de perfección. El Señor le envía

entonces un director espiritual, el padre jesuita Alberto Mir, quien le sirve de gran ayuda. Su dolor es profundo cuando su segundo hijo, Carlos, muere de tífus a la edad de seis años, en marzo de 1893.

«¡Quiero que reine la Cruz!»

CON el permiso de su director, Conchita graba en su pecho el monograma IHS (JESÚS). A partir de entonces desea parecerse a Cristo en la Cruz, así como saciar su sed de almas: «La unión en la Cruz hace que brote del alma el amor más sublime y desinteresado. Es el amor más puro, sin mezcla de egoísmo ni de amor propio». Un día, el Espíritu Santo se le aparece en forma de paloma, por encima de una Cruz en cuyo centro hay un corazón rodeado de espinas. El Señor le dice: «El mundo se hunde en la sensualidad, ya no se ama el sacrificio y no se conoce su dulzura. Quiero que reine la Cruz...». El Señor le revela que debe instaurar los “religiosos y religiosas de la Cruz”, cuyo apostolado continuará y completará el mensaje transmitido por santa Margarita María en el siglo XVII: se trata —le dice JESÚS— de «dar a conocer los dolores interiores de mi Corazón a los que no se presta atención y que constituyeron para mí una Pasión más dolorosa que la que sufrió mi Cuerpo en el Calvario».

Con motivo de un nuevo retiro según los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, en septiembre de 1894, Conchita adopta decisiones formuladas en 42 puntos, a fin de mejorar las relaciones con su marido, sus hijos y familiares de la casa. Al año siguiente, la familia se instala en México capital; Conchita funda allí la Obra de la Cruz, que reúne a laicos, sacerdotes y religiosos, cuya única regla es ofrecerse para redimir los pecados del mundo, identificándose con Cristo en la Cruz. En 1897 establece la Congregación de las Hermanas del Sagrado Corazón de JESÚS, religiosas contemplativas que se consagran a la adoración del Santísimo y a la oración para la santificación de los sacerdotes; también enseñan el catecismo y gestionan casas para ejercicios espirituales (en 2017, la Congregación contaba con 269 hermanas en 20 casas). Esas Obras suscitan entusiasmo en algunos y oposición en otros. El arzobispo de México prescribe, en 1900, un examen de la vida y de los escritos de la fundadora. «Hoy —escribe Conchita el 1 de octubre—, después de un riguroso examen y de haber rezado, el R.P. Melé, visitador de la Congregación del Corazón de MARÍA, me ha asegurado que mi espíritu procedía de Dios, y que estaba dispuesto a atestiguarlo».

El esposo de Conchita le cuenta el miedo que siente cuando piensa en la muerte. Al aproximarse su muerte, realiza una confesión general y su miedo se transforma en una plena aceptación de la voluntad de Dios. Conchita, que espera el penoso desenlace, escribirá: «A medida que veía aproximarse la separación, la ternura de mi corazón hacia él adquiría proporciones cada vez más considerables. Sentía que ya no tenía ni cabeza, ni fe, ni razón, sino solamente un corazón». El 17 de septiembre de 1901, tras diecisiete años de

matrimonio, Francisco Armida muere. Conchita, que tiene casi 39 años, guardará en su alma la herida de ese deceso. Al analizar el pasado, ve cuán intenso, puro y santo era el amor hacia su esposo; sin embargo, percibe numerosos defectos en su vida como esposa y se reprocha no haber sabido hablar a su esposo de los secretos de su alma. El 3 de febrero de 1903, Conchita conoce al venerable padre Félix de Rougier (1859-1938), superior de los Padres Maristas en ciudad de México; se pone bajo su dirección espiritual y le revela que será el fundador de una nueva familia religiosa. Las señales que le aporta sobre el origen divino de su mensaje son tales que el sacerdote cree en ello inmediatamente. Por prudencia, consulta no obstante a varias personas, y luego se marcha a Francia, donde solicita el permiso de sus superiores para fundar una nueva congregación. Su primera respuesta es un rechazo categórico.

Encarnación mística

EL 7 de abril del mismo año 1903, Pedrito, uno de los hijos de Conchita, de cuatro años de edad, se ahoga tras caer en un estanque donde iba a sacar agua. Prostrada en lágrimas al pie del crucifijo, se esfuerza en ofrecer el sacrificio que le ha sido impuesto. En marzo de 1906 realiza un nuevo retiro espiritual. El 25 de ese mes, festividad de la Anunciación, el Señor le dice: «Heme aquí, quiero encarnarme místicamente en tu corazón...». Luego, mientras ella piensa que se trata de una comunión espiritual, JESÚS añade: «No, no, no es así, hoy me has recibido de otra manera. He tomado posesión de tu corazón. Me encarno místicamente en él para no alejarme más de ti...». Semejante gracia evoca la plegaria de santa Isabel de la Trinidad, carmelita francesa de Dijon, redactada el 21 de noviembre de 1904: «¡Oh fuego devorador, Espíritu de amor! Ven a mí para que se produzca en mi alma una especie de encarnación del Verbo: que yo sea para Él una humanidad de recambio en la que Él pueda renovar todo su misterio». Mediante esa gracia, Conchita se convierte, de una forma muy especial, en víctima para la Iglesia en unión con Cristo, Sacerdote y Hostia. «Al encarnarme en tu corazón —le dice JESÚS— tenía mis designios: transformarte en mí, hombre de dolores. Debes vivir de mi vida, y ya sabes que el Verbo se encarnó para sufrir...». Conchita contribuye así a la salvación de miles de almas, conforme a la profecía de 1889.

En 1906, su hijo Manuel, nacido el 28 de enero de 1889, ingresa en los Jesuitas a la edad de diecisiete años. Conchita habría preferido que fuera “Sacerdote de la Cruz”, pero respeta totalmente su elección. «Resulta evidente —le escribe— que mi corazón de madre ha sufrido por ello, pero estoy feliz de poder ofrecer ese sacrificio al Señor... Reza siempre, reza mucho por mí... Sé generoso con Dios. La vida es demasiado corta para no sacrificarnos a Él por amor...». Después de sus tres primeros hijos, Conchita dio a luz a una hija especialmente mimada: Concha. A la edad de quince años, esta hace voto de virginidad, pero enseguida, como joven muy hermosa y pura, es rodeada por una corte

de muchachos. Confundida, declara por un tiempo que ya no quiere entrar en el convento. Sin embargo, al regresar de un retiro espiritual, afirma radiante: «Mamá, ¡elegí a Cristo para siempre!». En 1908 ingresa en las religiosas contemplativas de la Cruz. Morirá de enfermedad el 19 de diciembre de 1925.

Madre de los Dolores

EN 1909, Conchita funda la Alianza de Amor con el Sagrado Corazón de JESÚS, asociación de fieles que ayudan a los sacerdotes, especialmente mediante la oración. En 1912 establece la Fraternidad de Cristo Sacerdote, asociación de religiosos y de fieles destinada también a promover la santidad del ministerio sacerdotal. A finales de junio de 1913, su hijo Pablo, joven de dieciocho años, muere de tifus en brazos de su madre. «¡Oh, Madre de los Dolores —escribe a la Virgen—, Madre que comprendes a una madre que acaba de perder a un hijo amantísimo; con tus manos, con tu Corazón sin mancha, ofrece a mi propio hijo a la Santísima Trinidad!».

Deseando la fundación de los Sacerdotes de la Cruz por el padre de Rougier, unos obispos mexicanos dirigen a Roma una petición para obtenerla, pero unas maniobras calumniosas lo obstaculizan. La Congregación de los Religiosos pide entonces a Conchita, que profetizó esa fundación, que le envíe sus escritos. Para acelerar el asunto, monseñor Ramón Ibarra, arzobispo de Puebla, decide llevarla a Roma aprovechando una peregrinación mexicana a Tierra Santa. La salida de México tiene lugar el 26 de agosto de 1913. Conchita se lleva a dos de sus hijos: Ignacio, de veinte años, y Lupe, una joven de quince años. En Nazaret, JESÚS dice a Conchita: «No has venido a este lugar por casualidad... Aquí te consagrará de una manera muy especial a la Santísima Trinidad. La encarnación mística en tu alma no es una mentira, aunque no hayas sabido apreciarla. Es una realidad que se difundirá en el mundo que se aleja de la fe, y más especialmente en los sacerdotes». La peregrinación se dirige después a Roma. El 13 de noviembre, Conchita se arrodilla llorando ante el Papa san Pío X: «Padre Santo, no quiero ser un obstáculo para esas Obras. Que me aparten y que ya no me tengan en cuenta...». La fundación de los “Sacerdotes de la Cruz” es autorizada con el nombre de “Misioneros del Espíritu Santo”. Los peregrinos se dirigen entonces a Francia: a Paray-le-Monial, Lisieux y, después, Lourdes. El viaje prosigue por España, donde Manuel, el hijo jesuita de Conchita, celebra sus veinticinco años. El regreso a México tiene lugar el 14 de marzo de 1914. El padre de Rougier funda los Misioneros del Espíritu Santo el 25 de diciembre siguiente, en la basílica de la Virgen de Guadalupe. Los objetivos de esa nueva congregación son la evangelización y la promoción de las vocaciones sacerdotales (en 2022, los Misioneros del Espíritu Santo contaban con 259 religiosos, entre ellos 205 sacerdotes en 51 casas). Durante toda la vida de Conchita, México estuvo marcado por una política laica y por persecuciones contra

la Iglesia. Ella misma tuvo que esconder en ocasiones en su casa a algunos sacerdotes y religiosos, e incluso obispos.

En junio de 1920, Manuel, el hijo jesuita, ofrece al Señor el sacrificio de no regresar nunca a su país y de no volver a ver a los suyos. Conchita siente un gran dolor por ello, pero al mismo tiempo está muy orgullosa de ese hijo que tan bien comprendió su corazón y el amor de la Cruz. Cuando sea ordenado sacerdote, dos años más tarde, ella se unirá profundamente a él mediante la oración. Además, está unida espiritualmente de una manera muy especial a todos los sacerdotes, por los cuales ofrece sus sufrimientos y a quienes transmite las confidencias del Corazón de JESÚS. A Conchita le quedan tres hijos y una hija. Pancho, el primogénito, tenía diecisiete años al morir su padre, y ha ayudado mucho a su madre. Ignacio (nacido en 1893) ha levantado una familia cristiana de ocho hijos. Salvador (nacido en 1896) y su hermana pequeña Lupe (nacida en 1898) son hijos más difíciles. Conchita escribirá sobre esta última: «Es tan distante y tan difícil que no hay manera de acercarse a ella». Confesará además: «Mis hijos son tan fríos, tan susceptibles que interpreto que Dios quiere quitarme todo lazo y toda dulzura humana...». Todos darán testimonio, sin embargo, de la fidelidad de su madre a sus deberes de esposa y de madre. El único defecto que Lupe destacará en ella es la glotonería y cierta debilidad por los dulces.

La familia cristiana es llamada Iglesia doméstica «porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos» (*Compendio del Catecismo de*

la Iglesia Católica, núm. 350). La entrada en la Iglesia se hace mediante el Bautismo: «La Iglesia es la familia de los hijos de Dios —decía el Papa Francisco... Una familia en la que cuidamos de cada uno, porque Dios nuestro Padre nos ha hecho a todos hijos suyos en el Bautismo. Por eso sigo alentando a los padres a que bauticen a sus hijos lo antes posible, para que puedan formar parte de la gran familia de Dios... Hagamos una comparación: un niño sin bautizar, porque los padres dicen: “No, cuando sea mayor”, y un niño bautizado, con el Espíritu Santo en su interior: este es más fuerte, porque tiene la fuerza de Dios dentro de él» (25 de agosto de 2018).

Larga y última prueba

UNO tras otro, los hijos de Conchita contraen matrimonio y dejan a su madre, cuyo apostolado exterior disminuye progresivamente. Conoce entonces la soledad del corazón, y también la del alma, ya que Dios mismo se muestra aparentemente lejano... «Estoy en la más completa soledad del alma —escribe en noviembre de 1917... Ya no entiendo nada, soy un caos...». Durante los últimos veinte años de su vida, imita las virtudes de MARÍA en su soledad después de la Ascensión, con el fin de obtener favores para las Obras de la Cruz. Pasa los tres últimos meses de su vida en ciudad de México, con grandes dolores físicos. Es tal la prueba espiritual en su alma que le parece que JESÚS ha desaparecido por completo: «Es como si nunca nos hubiéramos conocido» —repite. Sin embargo, el Señor sigue estando presente junto a ella para ayudarle con su gracia. Se apaga el 3 de marzo de 1937. Proclamada beata el 4 de mayo de 2019, en la ciudad de México, su festividad se celebra el 3 de marzo.

«¡Oh, JESÚS, cuán adorable eres! —escribía Conchita. Encierras en tu sagrario todas las delicias del cielo que el mundo no puede conocer... ¡Solamente el amor ha podido llevar a tu Santísimo Corazón a desvanecerse de ese modo! Ahí reside la vida de mi alma y la única felicidad de mi corazón». ¡Pidamos a la beata Conchita que nos inspire un profundo e intenso amor a Cristo y a su Eucaristía!

*+fr. Jean-Bernard Bories, abad
y los monjes de la abadía*

- ✓ Para recibir (gratuitamente) la Carta de la Abadía San José de Clairval, dirigirse a la Abadía, cuyas señas aparecen más abajo.
- ✓ Recibiremos con mucha gratitud cuantas direcciones de posibles lectores quieran mandarnos.
- ✓ Para ayudarnos en la difusión de la Carta:

Tarjeta de crédito: ver nuestra página web: www.clairval.com

Transferencia bancaria: Titular: ABBAYE St JOSEPH DE CLAIRVAL:

IBAN: FR59 2004 1010 0405 6187 8A02 585; BIC: PSSTFRPPDJ

Legados: la Abadía puede recibir legados con exención total de derechos de transmisión. Título legal: "Communauté des Bénédictins de Saint-Joseph de Clairval".

Abbaye Saint-Joseph de Clairval (Ed. española) ISSN : 1956-3930 – Dépôt légal : date de parution – Directeur de publication : Dom Jean-Bernard Bories – Imprimerie : Traditions Monastiques – 21150 Flavigny-sur-Ozerain.

Abadía San José de Clairval – 21150 Flavigny-sur-Ozerain – Francia

email: abadia@clairval.com – Página web: <http://www.clairval.com/>

